



MISA CRISMAL

Concatedral de San Nicolás, 10 de abril de 2017

Queridos Sres. Obispos, D. Victorio y D. Rafael, hermanos presbíteros y diáconos; hermanos y hermanas todos:

Celebramos la Misa Crismal, tan importante en la vida de la Iglesia Diocesana, y la celebramos como anticipo del Jueves Santo, en los días en los que conmemoramos la plenitud del cumplimiento de las promesas de Dios en Jesús, la culminación de su entrega por nuestra salvación; los días santos de la manifestación de su amor salvador en el Misterio Pascual.

Hemos escuchado, en la primera lectura, como el texto de Isaías hacía referencia al Espíritu que le ha ungido, que lo envía a consolar, a dar la buena noticia, a curar. Palabras que asumirá plenamente Jesús, en Nazaret, tal como el Evangelio de S. Lucas nos acaba de recordar: “Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír”. Jesucristo es la promesa cumplida. Dios cumple su palabra; llevó adelante al pueblo elegido con sus promesas, pero la promesa de su amor llevada al extremo se cumple en Jesucristo. Él, el ungido del Espíritu Santo, el Hijo constituido como Mesías y Señor – como nos recuerda la oración colecta de esta Misa Crismal- ha venido dispuesto a entregar su vida cumpliendo la misión que el Padre le ha confiado, ser enteramente para los desfavorecidos: los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos.

Dejémonos tocar profundamente por las palabras de Isaías, leídas y asumidas por el mismo Jesús; todos nosotros, todos los que estamos aquí, y que hemos sido marcados y ungidos por el Espíritu, que hoy también cumple en nosotros su palabra y nos envía a anunciarla a toda nuestra sociedad y a cooperar para hacerla realidad.

El Santo Crisma y los Santos Oleos que hemos de consagrar y bendecir seguirán ungiendo el cuerpo de los hijos e hijas de esta Iglesia de Orihuela –Alicante, en la cual el Espíritu de Cristo sigue cumpliendo su presencia y misión, a la cual sigue edificando, consolando y enviando en estos tiempos y en esta realidad social para ser sal y ser luz, anuncio y construcción de la esperanza que no defrauda, de la fe que nos ha guiado

durante siglos, confiados en el Señor, en tiempos y circunstancias de todas las clases y maneras.

En la Iglesia antigua, el aceite consagrado fue considerado de modo particular signo de la presencia del Espíritu Santo, que se nos comunica por medio de Cristo. Él es el “aceite de júbilo”. Este júbilo que es distinto de la mera diversión o de la alegría exterior que la sociedad moderna anhela. El gozo que Cristo nos da nos proporciona alegría, sí, pero profunda, duradera y compatible con el mismo sufrimiento. Él nos da la capacidad de sufrir y de permanecer interiormente pacificados y gozosos en el sufrimiento. Y nos da la capacidad de compadecernos, de compartir el sufrimiento ajeno, haciendo así perceptible en nuestra disponibilidad, la cercanía y la bondad de Dios. Benedicto XVI, en una misa Crismal como la que celebramos hoy, a este respecto, comentaba que siempre le hacía reflexionar el episodio de los Hechos de los Apóstoles, en el que estos, después de que el Sanedrín los había hecho flagelar, salían “contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús” (Hch 5,41). Quien ama, dice él, siempre está dispuesto a sufrir por aquello que ama, y desde ahí experimenta una alegría inexplicable y profunda. Así se muestra en el testimonio de tantos mártires que desconcertaba a los que les infligían el tormento. El amor, solo él, puede rehacer nuestras fuerzas, especialmente las de nuestro ministerio. Y esto es del todo evidente ante el dolor y ante el cansancio que forman parte natural de nuestro servicio pastoral.

A este respecto, también en una misa Crismal hace dos años, el Papa Francisco enseñaba, hablando del cansancio de los sacerdotes, que este puede proceder de causas diversas: o bien del agotamiento por el mucho trabajo, o bien de la lucha ante las tentaciones y las dificultades, o bien en el peor de los casos, de “el cansancio de uno mismo” que se teje con desilusiones y huidas, y se penetra de, la tan denunciada por él, mundanidad. Señalaba, ante todo esto, que: “sólo el amor descansa”. O como también dirá: “Lo que no se ama cansa y, a la larga, cansa mal”. Y citaba para iluminar y fundamentar su pensamiento las palabras del Apocalipsis que nos indican la causa profunda y última de ese cansancio malo: “Has sufrido, has sido perseverante, has trabajado arduamente por amor de mi nombre y no has desmayado. Pero tengo contra ti que has dejado tu amor primero” (Ap 2, 3-4). Dejar el amor primero, perder la ilusión y frescura del amor, hacer y hacer pero sin amor, dejar que se oscurezca el amor... es lo que debe preocuparnos, no el cansancio en sí, pues, todo eso nos aleja de la fuerza que mueve y sostiene nuestro ministerio, que a la postre es, sencillamente, “oficio de amor”, porque es y debe ser actualización del amor de Él, del Señor, que nos ha ungido para seguir entregándose por medio de nosotros, llamados, por gracia, a configurarnos con Él, el Buen Pastor.

Acerquémonos a Jesús, Él nos dice también a nosotros sus amigos, sus sacerdotes, “venid a mí” cuando estéis cansados, preocupados y agobiados; Él, su persona, fue la medicina, el remedio, la transformación sanadora de los discípulos de camino a Emaús, Él curó y encendió sus corazones yendo de camino con ellos, tal y como estamos meditando en la “lectio” del Plan de Pastoral de la Diócesis y en la referencia de fondo

de la formación permanente del clero de este año que nos facilita el próximo Encuentro diocesano sacerdotal.

En Jesús hallamos el fuego que mantiene encendida nuestra hoguera, en Él está el manantial en el que debe saciarse nuestra sed y limpiarse la miseria que se nos pega en el camino de nuestras diversas y no fáciles tareas; como también nos decía el papa Francisco hace dos años al final de la misa Crismal: “El seguimiento de Jesús es lavado por el mismo Jesús para que nos sintamos con derecho a estar “alegres”, “plenos”, “sin temores ni culpas” y nos animemos a salir e ir “hasta los confines del mundo, a todas las periferias”, a llevar esa buena noticia a los más abandonados, sabiendo que él está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo”. Él es origen, por su Espíritu, de nuestro amor primero, Él es quien enciende y sostiene nuestra debida “caridad pastoral”, motor decisivo de nuestra vida y ministerio, como dejó bien sentado S. Juan Pablo II en “Pastores Dabo Vobis”.

En efecto la misión con Él, la configuración con Él, Él mismo, aparecen en la base del amor y el gozo, nos hacen capaces de superar nuestros sufrimientos y cansancios ministeriales, como constatamos en la misma pregunta que haremos dentro de unos momentos, a todos los sacerdotes aquí presentes, y que es realmente bien personal para cada uno, también para mí mismo: “¿Queréis uniros más fuertemente a Cristo y configuraros con el, renunciando a vosotros mismos y reafirmando la promesa de cumplir los sagrados deberes que, por amor a Cristo, aceptasteis gozosos el día de vuestra ordenación para el servicio de la Iglesia?”.

Que sea, desde este amor a Cristo y configuración con Él, en la entrega generosa y gozosa a vuestras tareas ministeriales donde encontréis la fuente de vuestra espiritualidad como presbíteros. Y siempre trabajando en comunión y armonía con el Obispo y con los hermanos sacerdotes. Tened, tan sólo, miedo a aislaros, a vivir en soledad vuestro ministerio; la comunión, por tantas razones, es no sólo constitutiva del ministerio presbiteral, sino de especial necesidad en los tiempos que corren. La Iglesia sólo se edifica con comunión, que es la obra del Espíritu. Y con amor, con mucho amor sacrificado y paciente. Con amor al Pueblo de Dios que se nos ha confiado.

Así y ahí, es donde nos corresponde que nos santifiquemos los sacerdotes, donde debemos dejarnos moldear por la gracia de Dios, dejándonos configurar con la mente, los sentimientos y las acciones del Buen Pastor. Cuidando desde ahí las relaciones con los fieles, con cercanía y disponibilidad, como servidores; cuidando las relaciones con los hermanos sacerdotes, sin huir de las reuniones y de la ayuda mutua y el trabajo compartido, sin faltar jamás a la caridad, haciendo diócesis, familia de los hijos de Dios. Nos toca construir juntos, unir siempre, pacificar, hacer una Iglesia unida y misericordiosa, en tiempos de necesidad. Viviendo con la alegría profunda que el Señor nos da. Huyendo de la amargura, la queja y negatividad, de la inmadurez que aísla, porque todo eso no es del Señor. Él, el misericordioso, nos ayuda a madurar en la

cruz, pero para ser luz y resurrección en Él. Y ser don suyo de paz y de unión para los demás.

Nuestra alegría y armonía eclesial es esencial para la muy necesaria pastoral vocacional. Y nunca mejor recordada que en el Año Jubilar de nuestro Seminario, conmemorativo de los 275 años de su fundación. Año de especial gratitud al Señor por el gran bien que estos casi tres siglos han significado para nuestra diócesis sembrada de buenos sacerdotes, y año de súplica porque seguimos necesitados de pastores, de vocaciones acogidas y cuidadas desde el don de nuestro Seminario, que maduren allí continuando la estela de tantos sacerdotes entregados e ilusionados de ayer y de hoy de nuestra querida Iglesia de Orihuela-Alicante. Esta es la mejor y más decisiva pastoral vocacional, nuestra convicción ministerial, nuestro gozo sacerdotal de ser testigos de la alegría del Evangelio.

Nadie como María, ha sabido contar el gozo de la experiencia de la bondad y el amor de nuestro Dios, nadie como ella, junto al gozo, ha hecho parte de su vida el dolor al pie de la Cruz del Señor, como celebraremos especialmente en estos días santos; que ella sea nuestro modelo de entereza en el sufrimiento, de encuentro con su Hijo Resucitado, de presencia fiel en la Iglesia que nace por el Espíritu. A ella le suplico que obtenga de su Hijo las mejores bendiciones para todos vosotros, hermanos sacerdotes, por vuestro trabajo constante, por el amor que demostráis día a día hacia vuestras comunidades. A Ella elevo mi gratitud hacia todos vosotros.

Que Ella, la Virgen nuestra Madre, nos acompañe y proteja para no dejar de ser los sacerdotes santos, ilusionados y fieles que nuestra Iglesia de Dios siempre necesita. Que Ella interceda para que el Padre acoja y premie a los hermanos sacerdotes fallecidos y que celebraron en años anteriores esta misa Crismal. Y siga, en especial en esta Semana Santa, mostrando a Jesús, fruto bendito de su vientre, a este pueblo nuestro y a este Presbiterio que tanto la quiere. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.